

Es evidente que, con las premisas a partir de las cuales trabaja la autora, estamos ante un modelo posible de entender la tarea teológica. Aun reconociendo el carácter novedoso e interesante de esta idea, y la validez de muchos argumentos del libro, han de considerarse todavía discutibles las premisas de Murphy y el modelo de progreso teológico que propone. En cuanto a las premisas: ¿Tiene incontestable validez la crítica que hace Hume de la fundabilidad de la teología sobre una revelación? La existencia de una creatividad teológica en el campo católico que sigue basándose en la Revelación, parece desmentir la crítica humana. ¿El modelo de la ciencia que ofrece Lakatos, es el único válido posible? La misma autora resume las objeciones al modelo lakatosiano; puede haber otras alternativas. ¿Realmente es posible equiparar, sin más, la tarea teológica con la de otras ciencias? En la raíz de la teología hay una premisa insoslayable, la del abandono por parte del hombre de la exigencia de una evidencia plena, junto con una confianza en la verdad transmitida por un testigo. Este fiarse, o mejor confiarse amistosamente en Otro, constituye una base para las actitudes y contenidos de la empresa teológica, y proporciona una continuidad y homogeneidad de fondo al avance teológico. Esta singularidad, corazón de la teología, no se halla tan presente en otras ciencias humanas, donde sí parecen más aplicables los modelos de competición y de desplazamiento de teorías.

J. Alviar

James Alfred MARTIN, Jr., *Beauty and Holiness*, Princeton University Press, Princeton (New Jersey) 1990, IX + 22 pp., 16 x 24.

El autor del libro, actualmente Profesor Emérito de Religión de Columbia

University y Profesor en Wake Forest University, tiene una larga experiencia en la docencia e investigación. Como fruto de sus años de trabajo nos brinda el presente libro, que traza de modo global la historia del desarrollo de los conceptos de belleza y santidad. El autor parte de una convicción: de que ambos conceptos están intrínsecamente relacionados (p. viii). Al recorrer la historia del pensamiento sobre el arte y la religión, tanto en Occidente como en Oriente, apunta los diversos modos en los que se han relacionado lo bello y lo santo.

El estudio comienza con lo que el autor llama la visión «clásica» de occidente acerca de la estética y de lo divino, con raíces helénicas y bíblicas. Resume después algunas perspectivas de autores de la modernidad como Hume, Kant, y los representantes del romanticismo alemán. La exposición histórica llega, finalmente, a pensadores más recientes como Eliade, Tillich, Santayana, Heidegger y Wittgenstein.

Los demás capítulos están dedicados, respectivamente: al análisis de las relaciones entre los conceptos de estética y la religiosidad en Oriente; a una crítica a las posturas de A. Danto —«el fin del arte en nuestros tiempos»— y de W. C. Smith —«el fin de la religión»—; y a unas consideraciones de carácter filosófico en torno a las relaciones de fondo entre la santidad y la belleza.

El bosquejo histórico de ideas que hace el autor en su breve libro, de tantos y tan diversos períodos de la historia, es necesariamente somero; probablemente más de un especialista echará en falta ciertos matices del pensamiento filosófico. Sin embargo, es justo decir que el mismo esfuerzo por intentar una visión sintética-global, es encomiable y, por lo que se ve, útil: proporciona al lector una visión —elemental, desde luego— de la historia del pensamiento humano en un campo específico, que es el nexo en-

tre lo bello y lo santo. Válidamente saca el autor la siguiente conclusión: la percepción de este nexo es una constante en la historia humana, si bien varía la concepción de la naturaleza de esta relación.

Esta primera conclusión nos lleva, a un nivel más profundo, a otra conclusión, confirmación de la tesis del autor: en el fondo del ser humano están unidos el anhelo por lo bello y por lo divino, porque hay una percepción —más o menos explícita, según los tiempos— de la unidad vital entre estas dos dimensiones del ser. Esta conclusión ayuda a comprender mejor la relevancia del gusto estético en la religiosidad, y el carácter trascendente —en cierto sentido, divino— de lo bello. Más discutible —menos apoyado en los datos— es la propuesta que hace el autor en la parte conclusiva, acerca de la posibilidad de llegar a una «fe mundial» (world faith) coherente con los fundamentos de cada religión (p. 195).

Por muy competentemente que haya resumido el autor las diversas visiones de los autores, cabe discutir todavía su metodología, que consiste en exponer empíricamente —digamos casi asépticamente, sin mucha valoración crítica— las diversas posturas. Posiblemente el valor de sus conclusiones hubiera sido mayor si el autor hubiera sopesado más —en sentido de valorar su validez ontológica— las posturas tratadas. Claro que en el mundo postmoderno —con su crisis de criterios, como el mismo autor observa— este procedimiento puede resultar chocante; sin embargo, si el mismo autor defiende un papel perennemente válido para la filosofía (p. 192), podría pensarse que el ser humano está siempre en condiciones de detectar, y de medir, no sólo lo bello y lo santo, sino también lo verdadero.

J. Alviar

THE LIVING GOD, *A Catechism for the Christian Faith*, 2 vol., St. Vladimir's Seminary Press, Tuckahoe 1989, 444 pp., 15 x 23.

Para gente poco familiarizada con la doctrina de la Iglesia ortodoxa este catecismo, en dos tomos, publicado en Francia cuatro años antes de la aparición del Catecismo de la Iglesia católica y traducido al inglés en 1990, resultará interesante. Está escrito por profesores de catecismo de varias parroquias ortodoxas francesas de rito bizantino; aunque todos los autores son franceses, algunos son de procedencia rusa, otros, griega.

La obra fue concebida originalmente como un catecismo para la familia, y por tanto el estilo expositivo es sencillo. Esto no quiere decir que el libro carezca de profundidad teológica: de hecho, está pensado también para que sirva como punto de referencia para catequistas, y para todos aquellos que estén interesados en el catecismo, incluidos los católicos y protestantes. Tiene en su conjunto un tono constructivo y ofrece la visión ideal de una Iglesia indivisa. Para los que conocen los catecismos de la Iglesia católica resultará interesante no sólo el contenido de este libro, sino también su manera de presentación y su estructura, que tiene las ss. peculiaridades:

— basándose en un principio de unidad vital del Cuerpo Místico de Cristo, incorpora como parte de la instrucción sobre los diversos puntos de doctrina cristiana citas de la Biblia, citas de los padres, consideraciones teológicas, iconografía, himnos, y detalles litúrgicos.

— no sigue un método expositivo de preguntas y respuestas, pero en bastantes momentos incluye una especie de diálogo entre un alumno y un maestro,